

Los queltehues no han dejado de cantar: pareciera que están avisando una muerte. El más alargado se acercó a mi ventana; debe ser por la impronta; aquí todos les tiran pan. Gritan, si alguien se acerca a sus nidos. Son capaces de perder la voz por defender a sus crías. Sus alaridos avisan el final del invierno, la espera de sus pichones o la ausencia de ellos. Cuando ya casi lo podía tocar, lo miré de frente, me devolvió su mirada roja, observándome hacia adentro como un viejo brujo, y se fue. Yo seguí escribiendo mientras sus gritos roncoss se alejaban y se perdían con el bullicio de la calle; filtrándose por la pandereta.

Mi té está frío, el plumaje de los queltehues se refleja a través de las hojas del liquidámbar. Los liquidámbaros han invadido todo, incluso la forma en que me llega el sol. Sol, esa palabra me hace sentir sola. Carmen dice que si escribo me sentiré acompañada. Dudo sobre qué escribir. Vuelvo a mirar a los brujos de ojos rojos. De niña tenía bastante de queltehue; para cuando fui mamá lo había perdido, de lo contrario: Anaya seguiría viva. A los siete años entré a la escuela, debí haber gritado como ellos; en vez, callé. A los humanos no se nos permite gritar, menos a las mujeres, menos a las niñas. Las niñas vestían sonrisas que me ponían de mal humor. Humor era algo que yo no tenía de pequeña. Jugaban entre ellas a la cuerda y saltaban cantando rimas religiosas: «La niña María ha salido en el baile, baila que baila que baila, y si no lo baila, castigo le darán...». Yo no cantaba rimas. Yo no saltaba. Yo me acomodaba en los recreos con algún libro de Enid Blyton, sobre un gran cojín de *jeans*, detrás del estante azul, en una pequeña sala que en la puerta tenía un cartel fundido en letras de bronce que decía: “BIBLIOTECA”.

De pequeña mamá me educaba en casa, dice que era por convicción, pero siempre he sabido que mi mutismo selectivo tuvo algo que ver. La veo persiguiéndome por todas las habitaciones, con la escoba desmenuzándose en su mano. Ese incidente la decidió a escolarizarme. Veo su vestido azul bordado con margaritas blancas. La crin estaba esparcida en el suelo y en su vestido. Sus gritos espantaban a los queltehues y atraían a los vecinos; sus uñas burdeos tatuaban mi piel. Cuando tengo frío, entro en calor visualizando mi casa de infancia. La siento como un gran chaleco de lana que pica y calienta; ya casi nunca tengo frío.

La casa quedaba en las afueras del pueblo, como si no perteneciera a él. Se componía de dos aguas y doce ventanas. Yo atravesaba el jardín en cincuenta pasos. Los arbustos y otras especies

no podadas se mezclaban libres entre ellas, imposibles de contar. Sólo Fernando, venía cada quince días, a cortar el pasto y jugar conmigo. Lo que más me gustaba eran las aves del paraíso que bordeaban los muros de la casa, abajo y un poco por delante de ellos, mamá plantaba ciboulettes. Mamá decía que se daban como los dioses, al parecer los dioses se multiplicaban como las hierbas. Las hierbas bordeaban al castaño que estaba en el centro del jardín y que era aún más alto que la casa. El liquidámbar podría ser un castaño, yo podría ser una niña; pero el liquidámbar es liquidámbar y el castaño se secó con los años. La hierba sigue ahí.

Al entrar, frente al *hall*: el escritorio de papá; al fondo un ventanal, desde donde se veía el jardín; también los queltehues caminando en puntillas. En puntillas me metía a su escritorio mientras trabajaba, él me dejaba quedarme ahí. En esos años, las casas no contemplaban escritorio para las mujeres: los arquitectos no leían a Virginia Woolf. Cuando papá se fue, tres años antes de morir, el escritorio se cerró, y el ventanal quedó tras la cerradura. La cerradura también estaba en la mente de mamá. La mente de mamá tampoco contemplaba un escritorio para ella. El escritorio era un muerto en el centro de nuestra casa. Papá era el que se encargaba de las plantas, hace sentido que desde su muerte ellas se apoderaran del jardín, y su ausencia de la casa.

Hacia la derecha estaban las habitaciones: la de mamá, la mía y la de los otros hijos que quería tener mamá. Después, esa sería la habitación de Tony, para ese entonces yo ya me habría cambiado a dormir al escritorio, junto al ventanal; y los muertos serían otros.

Hacia la izquierda: un salón con un sofá blanco invierno de tres cuerpos, y un comedor con ocho sillas de cuero conchevino, talladas con tres circulares en sus puntas. Once sitios para sentarse y veinticuatro circulares en total. En frente, detrás de una puerta de roble: la cocina, el comedor de diario, la despensa y el cochero. La casa tenía diez dependencias. A mis nueve años ascendieron a mamá y tuvimos piscina; once.

Viví en esa casa toda mi infancia, hoy, casi en mis cuarenta, de alguna manera sigo viviendo ahí. Muchas cosas me llevan de vuelta como el olor a ciboulette y el sabor de las castañas. Se me hace imposible comer sushi, una ensalada de tomate aliñada o un dulce de castaña, sin que casi todo de mí vuelva a esa casa; quedando un cuerpo vacío en el lugar presente, haciendo como que estoy.

Recuerdo sus amaneceres húmedos, con olor a agua y color a puré de papas del sur. Sus días tranquilos, como si no pasaran. Los atardeceres acompañados por coros de ranas y que olían a miel; a veces con color a flor, a capachito, lupino, copihue, a chagual que recién floreció.

Mamá hablaba de la educación libre y de poner a los niños al centro de la pedagogía. Las Acuario suelen pensar diferente, por eso mamá era así: «Los revolucionarios», dice el horóscopo. Planeta regente: Urano. Para ella no fue posible ponerlo en práctica, ni conmigo ni con Tony. Su filosofía tenía que venir acompañada de una personalidad paciente y postergada. Ninguna de esas cosas era mamá. Mamá era el tipo de persona que deja los calcetines a medio zurcir y se pone a hacer otra cosa. Nuestra casa convivía con calcetines con agujas colgando de un hilo en las tres mesas de apoyo. Cuando entré a la escuela, un año después de que murió papá, mamá comenzó a trabajar en el ICL a jornada completa: lo haría toda su vida. Yo pasaría los próximos doce años vestida igual a doscientas treinta y tres niñas más, intentando no desaparecer en ellas ¿qué probabilidades de éxito tenía? Camisa blanca, medias hasta la rodilla, falda azul; la mitad llevaba chasquilla, la mitad no. Todas éramos decoradas con una corbata que cerraba nuestro cuello como un regalo que no se iba a abrir. ¿Para quién nos vestíamos así?

Cuando iba a la escuela sentía lo mismo que sentían mis dedos cuando llevaban más de veinte minutos en la tina. Picazón, sequedad y sobre todo miedo a no volver a su estado original.

Al igual que mamá, yo no era ni paciente, ni postergada; pero ya de adulta quería, como quien se aferra con los dientes a una

seda, esa educación para mi hija. Terminaría de zurcir los calcetines que mamá había comenzado a remendar.

Anaya sería educada en casa. Anaya no se vestiría de uniforme. Anaya no sería encarcelada. Anaya no se limpiaría el romadizo en las paredes. Anaya no sería acorralada en las esquinas. Anaya no tendría que desmembrarse para caber en una caja. Anaya no tendría que limitar sus movimientos. Anaya no sería invisible. Anaya no sería un número. Anaya no sería una niña más que calla y no dice nada. Anaya no sería tocada. Anaya no caminaría sola en los recreos. Anaya no reiría de cosas sin gracia. Anaya no estaría sentada horas en esa silla fría. Anaya no tartamudearía frente a todos. Anaya no lloraría en matemáticas. Anaya no perseguiría a la profesora de arte con su dibujo. Anaya no levitaría en un edificio de cemento. Anaya no esperaría a mamá en el portón. Anaya no esperaría a papá en todas partes. Anaya no miraría por los barrotes. Anaya no se haría pipí en su banca. Tenía tantos planes para Anaya.

Anaya comería chocolates y se columpiaría en las plazas una y otra vez. Jugaría al luche en todas partes saltando con un pie, apoyándose en mí, luego, con la práctica, lograría hacerlo sola. Andaría en bicicleta, la empujaríamos por la calle, le pondríamos rueditas y, cuando se las sacáramos, festejaríamos como cantan los pájaros cuando sus pichones rompen el cascarón. Hasta los vecinos saldrían a festejar. Anaya sería amada por todos. Anaya sería feliz. Su sonrisa sería como disfrutar de ese primer rayo de sol sobre el cubrecama.

Cuando nació no lloró, como si no se enterara de que ya había dejado el útero. El aire se tornó difuso, similar a manejar con neblina viendo sólo sesenta centímetros hacia adelante. Era como si agarradas de sus tobillos nacieran sus hermanas que no llegaron a ser. O como si en su parto, esas otras almas, terminaran de morir. Nahuel no la tomó en brazos, si es que alguna vez lo hizo. Luego de años intentando traerla a este mundo, una vez que la tuvo enfrente no la pudo ver. Algo se lo impedía. Su carita pálida,